EL ALMA EN EL POZO - CAPITULO IV

Autor: VÍCTOR JUAN GUILLOT

EN DONDE SE VE A NUMEROSAS PERSONAS COLOCADAS FRENTE A LO SOBRENATURAL Y SE HABLA DE FISICA VIBRATORIA

Aquella mañana, Pedro Zingoni, de oficio conductor de carros, sentíase dominado por eso que se ha dado en llamarle mal humor. Este particular estado de ánimo traslucíase en la expresión , inamistosa de su semblante y en la brusquedad de las maneras con que ataba al carro de larga lanza los caballos correspondientes a la chata «La flor de Saavedra», vehículo que disfrutaba el honor de ser manejado por sus diestras manos. Mal dormido por una velada excesiva alrededor de una mesa generosamente provista de naipes y botellas, Zingoni presenciaba el despertar del alba con la iracundia propia de quien se ve obligado a contemplar una escena estúpida y desagradable. Sacó de la pesebrera a la pareja de entre varas y sujetó los tiros con escrupulosa conciencia profesional, aun cuando no con el espíritu placentero que el Evangelio reclama en el obrero llamado a poner manos en la obra que le ha sido confiada. De vez en cuando, un cabezazo impaciente de la yegua, o un manotazo demasiado vivo del viejo «Menelick» provocaban sus airadas explosiones de cólera, trasuntas en juramentos ricos en imágenes de lo divino y de lo terreno, tratadas con evidente e irrespetuosa familiaridad. Bien prendidos los arreos de la yunta, cuyas guarniciones exhibían primorosos trabajos de talabartería en clavos dorados, se dirigió al pesebre en busca del cadenero. Conducíalo sujeto por la argolla del bozal, cuando al pasar junto al viejo pozo de la caballeriza el potro lanzó un bufido y se echó hacia atrás, en una violenta espantada que lo alejó varios pasos del brocal y casi derribó por tierra a su desapercibido conductor. Contestó éste con una retahíla de bien coordinadas interjecciones, a la que siguió una lluvia de puñetazos sobre la cabeza y cuello del asustado animal. Aplicada la corrección y sujetándolo enérgicamente esta vez, intentó conducirlo de nuevo hacia delante. A dos metros del pozo, sentóse el potro en una segunda espantada y retrocedió, amusgadas las orejas y tembloroso el cuerpo, arrastrando consigo al espolique. Entablóse entre ambos una lucha matizada por todas las imprecaciones de que puede hacer gala un carrero fuera de sí por la furia. Dejábase conducir el caballo unos pasos, pero apenas aproximábase al pozo, retrocedía bufando, en bruscos saltos que lo devolvían al punto de partida.

Rendido, el hombre reflexionó; trabajo penoso y poco frecuente en su aparato cerebraI. Tan extraña conducta era inusitada y sorprendente en animal de hábitos ordinariamente tranquilos. Diríase que aquél veía obstruido su camino por algo invisible que le inspiraba terror. Ahora bien; Zingoni jamás había leído la Biblia y ni siquiera sospechaba la remota existencia del obstinado Balaam y de su clarovidenta asna. Con todo, algo impreciso y temeroso insinuó una confusa inquietud en su corazón. Perplejo, miró al caballo y miró hacia el pozo, estableciendo mentalmente entre ambos una incierta relación. Encogiéndose de hombros, como quien disculpa consigo mismo una tontería, acercóse al brocal e inclinóse hacia dentro.

Entonces —Zingoni lo ha repetido mil veces y lo ha jurado tantas como lo creyó indispensable para ser creído— llegó, positivamente llegó hasta sus oídos, una voz que parecía surgir de las inmóviles aguas remansadas en el fondo.

Aquella voz, opaca y desafinada como un instrumento enmohecido, cantaba ¡el primer verso del Himno Nacional!

—¡Oid mortales el grito sagrado!

Un conductor de carros que ha velado alrededor de una mesa en donde las cartas son un pretexto para transgredir las normas de temperancia, posee, indiscutiblemente, el derecho de sufrir alucinaciones auditivas. Fugazmente pasó por la imaginación de Zingoni la sospecha de que hallábanse sus sentidos bajo el influjo falaz del alcohol; no tuvo tiempo de avergonzarse de ello, sin embargo, porque de las honduras del pozo ascendió de nuevo, escandidas las sílabas por una pronunciación en lucha contra las rebeldía de la fonética española, el verso primero de la estrofa del Himno: